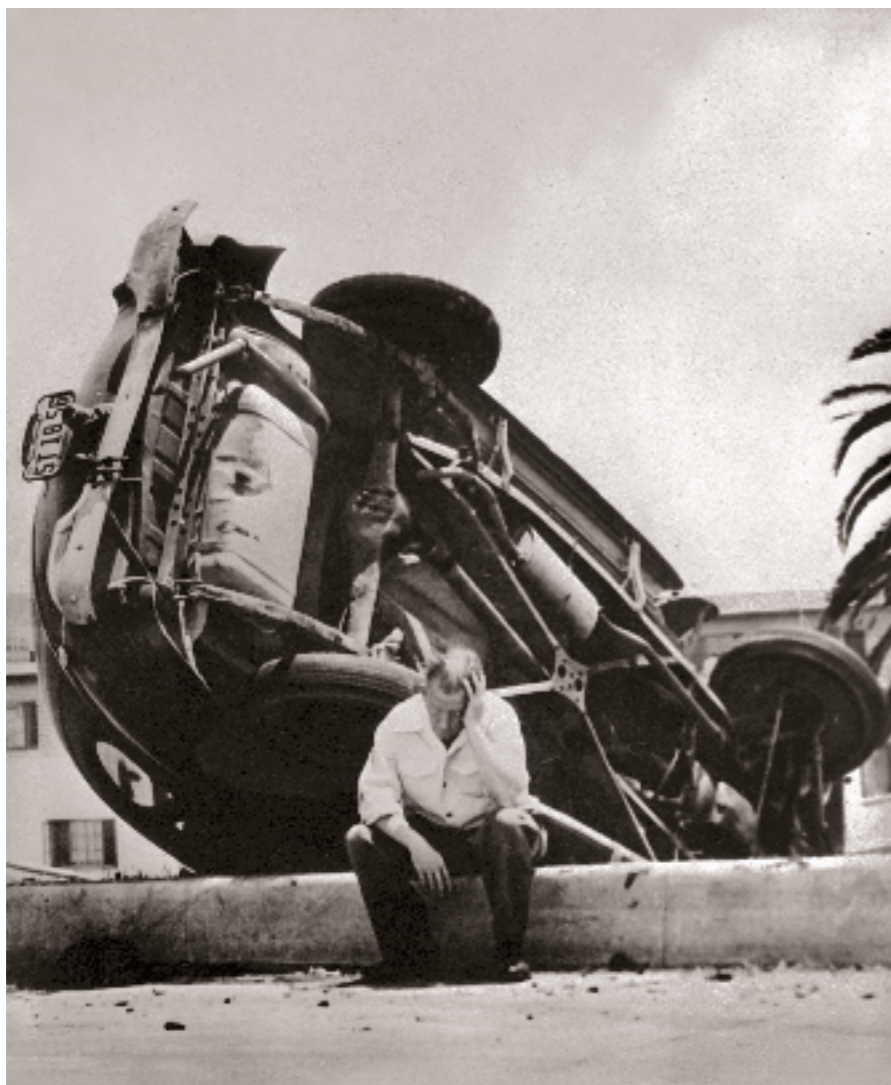




**Pese** al rechazo que sentimos a vernos englobados en un concepto —«humanidad»— que no pocas veces nos repugna, no podemos prescindir de él. En cada uno de nosotros hay algo difuso, cambiante pero inequívoco, que nos une al resto de nuestros congéneres más allá de lo evidente, de lo puramente tribal, lo histórico y lo claramente contradictorio. Es lo que unos han dado en llamar «la condición humana» (sujeta a una evolución constante), otros «la naturaleza humana» (invariable, trascendente) y muchos, demasiados quizás, «alma» (la huella inalterable de un Dios creador). A la dificultad de definir ese sustrato común, hay que añadir la que entraña definir «el yo», la conciencia individual, esa característica que nos hace sentir únicos y a la vez unívocos, tan diferentes como iguales. Lo único que parece claro es que cada uno de nosotros se define respecto a lo otro y, más que nada, respecto a los otros. Parece evidente que eso que supuestamente nos da una identidad individual, por sólida y delimitada que ésta parezca, está hecho fundamentalmente de materia colectiva. Sin el mundo sirviéndole de espejo, el yo sería ciego para sí mismo, no existiría. Pero ese espejo que nos ilumina también nos deslumbra. El yo nos sitúa frente a los demás y, al mismo tiempo nos sitúa frente a nosotros mismos. Esa doble conciencia hace que oscilemos entre la soberbia y una letal falta de autoestima. Somos una isla capaz de imaginarse que es el mundo entero y olvidar que existe el mar, pero también de sentirse la parte más insignificante de un monstruoso archipiélago. Hay quien se instala sin mayores problemas en un punto determinado de esa dualidad y sobrelleva su condición autoconsciente de una manera razonablemente frívola, y hay quien se debate entre la disolución y la egolatría, se hunde en la tragedia, naufraga haciendo frente, durante toda su existencia, a la imposibilidad de vivir, de ser persona, de ser un yo entre un océano de yos.



**Hay** algunos afortunados que no lo llegan a ver nunca, pero hay otros a los que un día la vida les da un vuelco y entonces se dan cuenta de que andaban sobre un chisme más inestable de lo que creían, un trampantojo montado sobre un feo armazón lleno de suciedad, que puesto del revés no sirve para nada y es muy difícil de enderezar. Nos han hecho creer que los atributos de nuestra existencia son algo consustancial a una supuesta naturaleza que nos es propia. Y un día empezamos a darnos cuenta de que esos atributos supuestamente connaturales son adquiridos, prestados, contingentes. Quien los pierde lo nota enseguida, en el mismo momento en que pasa a integrar la masa de excluidos. En un primer momento le parece que es el mundo el que ha cambiado, y de ahí que lo hubiera perdido de vista, pero pronto se da cuenta de que lo que ha cambiado han sido sus circunstancias, su posición respecto a los otros y a sus mercancías, de que el mundo sigue ahí para los que siguen en él, y que son éstos quienes lo configuran y se reconocen recíprocamente el derecho a existir. El mundo no ha cambiado: él ha sido expulsado de allí. El excluido percibe rápidamente, con estupefacción, que al otro lado de su exilio los anuncios publicitarios siguen ofreciendo lo mismo que antes, como si ignoraran que él ya no puede acceder a lo que muestran ni disfrutar de aquello que prometen. También se da cuenta de que las noticias que emiten los medios le suenan a cosa conocida pero ya no le afectan, se refieren a una realidad que le es ajena. Y nota que los demás ya no se dirigen a él, no le hablan o si lo hacen es en un lenguaje que le resulta cada vez más extraño. El mundo es un sistema de mensajes cruzados, dirigidos a los que todavía son alguien, y él está fuera de ese sistema de intercomunicación, está todavía vivo pero ya no existe. El mundo es lo que segregan los otros para confirmar su existencia y para otorgarse unos a otros el privilegio, siempre eventual, de continuar en ella.



**La necesidad** de trajearse, propia de esta especie, tiene un trágico correlato en cada sujeto, que se desarrolla en una tenebrosa intimidad. Si débil es nuestro pellejo, y por eso lo vestimos, más aún lo es el tegumento que recubre nuestra singularidad. Esa no tiene garantizada no ya el éxito, sino la mera supervivencia en ninguna circunstancia, no tiene ningún hábitat que le sea connatural, todos le son hostiles, empezando por los más cercanos. Desnudo, el individuo se haría jirones con solo manifestar su presencia, y nada más moverse se desintegraría en el ácido sociocultural en el que estamos sumergidos, no sobreviviría al complejo cóctel de sustancias disolventes que genera el grupo. Cada espécimen necesita recubrirse con la piel de un personaje, adquirir una personalidad acreditable en esa enorme sastrería surcada de aduanas que es el mundo. Es un trámite indispensable que cada uno resuelve como puede. No es fácil, dado que en los escaparates identitarios proliferan los cánones, y cada vez es más grande el surtido de modelos y de fórmulas para ataviar esa temblorosa y desorientada criatura que somos, cuya primera modesta intención es la de sobrevivir. Es fácil perderse ante tanta oferta, entre ese batiburrillo de patrones donde abundan las falsificaciones, los sucedáneos o las imitaciones. Es imposible no equivocarse, no meterse en la piel de un arquetipo que no se ajusta a nuestras hechuras. Es imposible estar siempre a su altura, responder a las expectativas que nosotros mismos hemos suscitado al adoptarlo, evitar que nuestra vaina se caiga y nos quedemos en carne viva. Cada modelo reclama unas habilidades que no siempre tenemos y que, ante el temor a quedar desnudos, simulamos tener mientras tratamos de adquirirlas. Nos convertimos en los esclavos de nuestro personaje. Cada uno de nosotros se pasa la vida fabricándose trabajosamente un disfraz a su medida, tratando que no se note que lo es y que no se le noten los parches y los costurones. Vivimos tratando de creer y hacer creer que somos lo que aparentamos, con la inquietante sensación de que nos moriremos sin habernos visto nunca en pelotas, tal como somos, si es que en pelotas somos algo.



**El ser** humano ha hecho de todo con tal de dominar la jungla. Y al final se está dando cuenta de que la jungla anida dentro de él. Lo que siempre ha creído que era la ley de la espesura era en realidad la suya. Ha proyectado sobre los demás bichos vivientes sus patologías, y esa proyección ha sido la mayor de todas. No ha visto mejor modelo de maldad que él mismo y lo ha utilizado para describir el mundo, juzgarlo, condenarlo y confiscarlo. Lo confisca porque lo considera escaso, no para sus necesidades sino para sus ambiciones, que no es que casi nunca vayan parejas, es que no suelen guardar relación alguna. Incluso los más lúcidos, para definir la maldad humana utilizan antropomorfismos maniqueos: «El hombre es un lobo para el hombre», es decir, el hombre puede ser malo, pero nunca lo es tanto como cuando se comporta como otra cosa, como un lobo, pongamos por caso. Desde que anda suelta, la especie humana no ha dejado de darse patadas en el culo de los demás. Como especie, y también como individuo, el hombre sólo ha conseguido ser lo que dice que es de manera esporádica y puntual. Ha tenido sus momentos de gracia, pero el balance es desastroso. Ha destruido el orden que lo engendró en nombre del orden. Dice desearlo, pero combate cualquier intento de instaurarlo porque lo que siempre ha querido es dominar, poseer, acumular, y eso no se puede hacer en armonía. Cuando algún espécimen ha mostrado una tendencia empática excesivamente generosa hacia el resto del mundo y hacia sus semejantes, ha sido rechazado como si se tratara de un cuerpo extraño, y si la intentona la ha protagonizado un grupo, ha sido combatido como a una infección. Aunque al ser humano se le llena la boca hablando de «sistema», su sistema preferido, estadísticas en mano, es aquel que da cobijo al caos. Su orden, que invoca sin cesar y sin acertar a definirlo, es desorden, esa dominación del más fuerte que pretende percibir en las demás especies. Él, además, confunde los términos e interpreta el dominio del más fuerte como el dominio del más malvado. El hombre da la impresión de ser un animal abrumado por la obligación de vivir. Se apropia de lo que se pone a su alcance como si fuera el último pellejo que quedara encima de la mesa. Hace acopio de todo lo que pillá con el ansia del asediado, del que está cegado por el miedo, por la incertidumbre y la impotencia, por esa angustia extrema que propicia los actos más abyectos en nombre de la supervivencia. Así es como, en lugar de rey de la selva ha acabado convirtiéndose en el rey de un árbol muerto y desmochado.



**Los niños** gatean en un doble sentido. O habría que decir más bien en un sentido literal. Tienen la misma atracción por los rincones que los gatos. Y, como le pasaba a Picasso, ni los niños ni los gatos buscan: ellos encuentran. No buscan porque no saben qué buscar. No han perdido nada ni saben qué hay allí donde hurgan. Se limitan a hurgar, van al encuentro del misterio, son adictos a él. Cada hallazgo les lleva a un enigma que esconde un hallazgo, y así van avanzando en un juego infinito. Encontrar es su ocupación y su placer. El mundo es un bazar interminable y ellos se encargan de desembalar su contenido sin método y sin freno. Vivir es entrometerse, tantear, escarbar, destripar. Su ignorancia es su felicidad y la fuente de su interminable energía. No se mueven para saber, sino para ignorar cada vez más cosas. No saben cuán honda es una alacena, ni lo que aguanta un perro cuando le estiras insistentemente la cola, ni lo que dura una cuchara si la golpeas una y otra vez contra la mesa, ni tampoco la paciencia de los que asisten al concierto. Perciben el mundo como un continuo infinito, tanto en lo que concierne al espacio como al tiempo, dos conceptos que están incapacitados para distinguir. Viven en un presente cierto rodeado por todas partes de incertidumbre. El pasado les lleva a un pozo sin fondo en el que la memoria se diluye en partículas infinitesimales hasta desaparecer en la ingravidez más absoluta, y el futuro no es muy diferente, les lleva a todo, que es como llevarlos a nada. Los niños gozan de un don precioso, una liviandad que les impide caer en el tiempo y les exime de toda culpa. Ni siquiera son: se limitan a estar. Pero llevan el virus de lo humano y están condenados a morir. Un gato siempre es un gato dentro de un gato. Un niño es un huésped dentro de un adulto dormido y muere justo en el momento en que éste último se despierta. Llega un día en que alguien empieza a explicarles como es el mundo que están condenados a vivir y mata su curiosidad, que de repente se ve reemplazada por la perplejidad, el miedo y la culpa. Como al gato, la curiosidad mata al niño. O dicho de otro modo: cuando muere la curiosidad, muere el niño.